



DOMINGO DE LA 31ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro del Apocalipsis (Ap 22, 20-26).
Salmo Responsorial	Salmo 23 (Sal 23, 1-2. 3-ab. 5-6).
2ª Lectura	De la 1ª Carta del Ap. San Juan (1Jn 3, 1-3).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO (MT 5, 1-12ª):

En aquel, viendo Jesús la muchedumbre, subió al monte, se sentó y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo:

- «① Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.
② Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados
③ Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.
④ Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.
⑤ Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
⑥ Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.
⑦ Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.
⑧ Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos».

«Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el Cielo.»

ENCUENTRO CON JESÚS:

“Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo:



«Bienaventurados...»

Las ocho Bienaventuranzas forman una solemne apertura del “**Sermón de la Montaña**”. En ellas Jesús define quien puede ser considerado bienaventurado. Son ocho puertas para entrar en el **Reino**. Quien quiera entrar en el Reino tendrá que identificarse por lo menos con una de estas categorías.



PAPA FRANCISCO

Catequesis sobre las bienaventuranzas:

3ª Bienaventuranza: “Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra”

Audiencia General, miércoles 19 de febrero de 2020.

En la catequesis de hoy abordamos la tercera de las ocho bienaventuranzas: **«Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra»** (Mt 5,4).

El término “manso” usado aquí significa literalmente *dulce, suave, gentil, no violento*. La mansedumbre se manifiesta en los momentos de conflicto. Cualquiera puede parecer manso cuando todo está tranquilo, pero ¿cómo reacciona **“bajo presión”** si es atacado, ofendido, agredido?

San Pablo recuerda *«la mansedumbre y la dulzura de Cristo»* (2Cor 10,1) y San Pedro, a su vez, recuerda la actitud de Jesús en la Pasión: no respondió ni amenazó, porque *«se confió al que juzga con justicia»* (1P 2,23).

En la Escritura la palabra “manso” también indica el que no tiene propiedad de la tierra; y por lo tanto nos llama la atención el hecho de que la tercera bienaventuranza diga precisamente que los mansos **“heredarán la tierra”**. En realidad, la posesión de la tierra es el ámbito típico del conflicto: a menudo se lucha por un territorio; el más fuerte prevalece y conquista otras tierras.

Pero observemos, no dice: “bienaventurados los mansos porque **«conquistarán»** la tierra”; dice: “Bienaventurados los mansos porque **«heredarán»** la tierra”. En las Escrituras, el verbo “heredar” tiene un significado aún más grande. El Pueblo de Dios llama **“herencia”** precisamente a la tierra de Israel, que es la **Tierra de la Promesa**. Esa tierra es una promesa y un regalo para el pueblo de Dios, y se convierte en un signo de algo mucho más grande que el mero territorio. El manso, así, es

aquel que **“hereda”** el más sublime de los territorios.



El manso no es una persona complaciente, sino el discípulo de Cristo que ha aprendido a defender otra tierra bien distinta. Defiende su paz, defiende su relación con Dios, defiende sus dones, los dones de Dios, defendiendo la misericordia, la fraternidad, la confianza, la esperanza. Porque las personas mansas son misericordiosas, fraternas, confiadas y personas con esperanza.

Aquí debemos referirnos a la ira; el pecado de la ira, ese gesto violento cuyo impulso todos conocemos. ¿Quién no se ha enfadado alguna vez? Todos. Deberíamos dar la vuelta a la bienaventuranza y preguntarnos: ¿Cuántas cosas hemos destruido con la ira? Un momento de ira puede destruir muchas cosas; se pierde el control y no se valora lo que es realmente importante: se puede arruinar la relación con un hermano, a veces sin remedio. Por la ira, muchos hermanos no se hablan, se alejan uno del otro. Es lo contrario de la mansedumbre. La mansedumbre reúne, la ira separa.

La mansedumbre consigue muchas cosas. La mansedumbre es capaz de ganar el corazón, salvar amistades; con la mansedumbre se puede reconstruir todo aquello que hemos destruido por un momento de enfado.

La **“tierra”** a conquistar con la mansedumbre es la salvación de aquel hermano del que habla el mismo Evangelio de Mateo: *«Si te escucha, habrás ganado a tu hermano»* (Mt 18,15). **No hay tierra más hermosa que el corazón de los demás**, no hay territorio más bello que ganar que la paz reencontrada con un hermano. **¡Y esa es la tierra a heredar con la mansedumbre!**

I.- EL DEBATE SOCIAL SOBRE LA EUTANASIA, EL SUICIDIO ASISTIDO Y LA MUERTE DIGNA (y 3)

¿LA PROMOCIÓN DE LA EUTANASIA Y EL SUICIDIO ASISTIDO ES UN FENÓMENO RECIENTE?

La petición de eutanasia por parte de los enfermos que sufren consta desde el origen mismo de la medicina, pues ya figura en el Juramento Hipocrático el rechazo explícito a practicarla. Sin embargo, en el último siglo se ha promovido por medio de asociaciones y movimientos que buscan su aprobación legal, así como la del suicidio asistido, y gobiernos que aceptan la presión que ejercen estos movimientos o que la fomentan institucionalmente. Los orígenes recientes de este fenómeno se pueden rastrear en las ideas ilustradas de los tres últimos si-



glos. Las sociedades que propugnan su aprobación legal datan de las primeras décadas del siglo XX, y han ido aumentando en número.

LA ACEPTACIÓN DE LA EUTANASIA Y EL SUICIDIO ASISTIDO ¿NO ES UN SIGNO DE CIVILIZACIÓN?

Signo de civilización es justamente lo contrario, es decir, la fundamentación de la dignidad de la persona en el hecho elemental de ser humana, con independencia de cualquier otra circunstancia como raza, sexo, religión, salud, edad, habilidad manual, capacidad mental o económica. Esta visión esencial del ser humano significa un progreso cualitativo importantísimo, que distingue justamente a las sociedades civilizadas de las que se daban en tiempos ya superados, en las que la vida del prisionero, el esclavo, la persona discapacitada o el anciano, según épocas y lugares, era despreciada. **La eutanasia y el suicidio asistido no hacen a la sociedad mejor ni más libre, ni son expresión de verdadero progreso.**

Con la eutanasia o el suicidio asistido se elimina la vida de quien sufre para que deje de sufrir. **Y eso es incompatible con la civiliza-**

ción verdadera, porque un ser humano no pierde la dignidad por sufrir. Resulta especialmente contradictorio defender la eutanasia precisamente en una época como la actual, en la que la medicina ofrece alternativas, como nunca hasta ahora, para tratar y cuidar a los enfermos en la última fase de sus vidas.

Es probable que este resurgimiento de las actitudes eutanásicas sea una consecuencia de la conjunción de dos factores: por un lado, los avances de la ciencia en la prolongación de la vida; y por otro, un ambiente cultural que considera el dolor y el sufrimiento como los males por excelencia, que se deben eliminar a toda costa. Esto se da de manera particular cuando no se percibe una visión trascendente de la vida, que ayude a penetrar en el misterio del sufrimiento, que es inherente a toda vida humana.





CRISTIANOS ORTODOXOS (3)

El cristiano de Occidente hereda de Roma el sentido del derecho, de la organización, de la disciplina. Se inclina más bien por la claridad intelectual, la investigación teológica, tiene el sentido de la responsabilidad apostólica. *El cristiano de Oriente considera la oración como el principal medio de comunicación entre los seres: la vida monástica está muy extendida. Insiste más en el sentido del Misterio, la habitación del Espíritu Santo en nosotros, la inteligencia del «corazón».*



Lo que sorprende al ortodoxo, del catolicismo, es la primacía del sucesor de Pedro, de derecho divino, y su jurisdicción universal. *Para el ortodoxo, la Iglesia es, ante todo, una comunidad mística, de estructura jerárquica y colegial, pero se fija más en los doce apóstoles que en Pedro. No discute en modo alguno la primacía de Pedro, claramente indicada en el Evangelio. Para ellos el Obispo de Roma tiene sólo una primacía de honor. En la Iglesia Ortodoxa, cada Iglesia local es autónoma bajo la jurisdicción de su patriarca, sucesor de los Apóstoles. Lo que constituye el lazo de unión entre las diferentes iglesias ortodoxas es la comunión en la fe y en la Eucaristía, y en la colegialidad episcopal, que sucede al colegio de los 12 Apóstoles. El patriarca de Constantinopla tiene sobre todo una primacía de honor.*

Los católicos, y con ellos los protestantes y los anglicanos, proclaman así el Credo de Nicea: «... **Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre y del Hijo**». Esta última precisión —en latín: ‘Filioque’, que se traduce como «y del Hijo»—, indica que el Espíritu Santo

procede del Padre y del Hijo. En la Iglesia Ortodoxa, se expresa así: «**Y en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre**».

Estas dos diferentes expresiones relativas al Espíritu Santo, tercera persona de la Santísima Trinidad, ha suscitado muchas disputas entre la Iglesia Ortodoxa y la Iglesia de Occidente. Sin embargo, la Iglesia Romana no ha obligado nunca a los ortodoxos unidos a cambiar la fórmula de su credo. En la misa papal, el credo se dice en griego sin el ‘Filioque’.

La era de las incomprensiones parece estar superada. *El primer encuentro entre los primados de ambas Iglesias, desde 1439, el papa Pablo VI y el patriarca Atenágoras —primero entre iguales de la Iglesia Ortodoxa— tuvo lugar en 1964, en Jerusalén. Por su parte, el patriarca de Constantinopla, Atenágoras, afirmaba: «Salimos del aislamiento y hemos abierto y franqueado las puertas que nos aprisionaban; católicos y griegos ortodoxos tienen mucho en común: tradiciones, dogmas, sacramentos, las catacumbas y la sangre común de los mártires. Estamos dispuestos a reconocer al Papa el primero entre los iguales, como ya lo fue en la historia del Occidente y del Oriente durante un milenio.» (10-12-63).*

En diciembre de 1965, en Roma y en Constantinopla, tuvo lugar, en un ambiente de arrepentimiento y de oración, la anulación recíproca de las tristes excomuniones de 1054. ¡Qué inmensa convergencia de esperanzas, de esfuerzos y de oraciones!

Y nosotros los católicos de a pie ¿Qué hacemos para obtener la inmensa gracia de la unidad de los cristianos?